

la toma de Bilbao el 21 de junio de 1937.

CRÓNICA: La verdad de los niños que escaparon

Por: **Guillermo Malaina**

Luis Iriondo recuerda el bombardeo de Gernika como el día en que se hizo mayor. Tenía 14 años y acababa de estrenar sus primeros pantalones largos. "Como era lunes, había mercado y eso aquí siempre ha sido un día grande. Le pedí a la madre que me dejara volver a ponerme los pantalones largos, como el domingo. Ya nunca más me los quitó. Con ellos me fui a Francia".

Este hombre de 86 años, porte erguido y verbo fácil recuerda todo aquello, al contemplar el cuadro que pintó aún el año pasado. Es una estampa de él mismo de niño, con sus pantalones largos, **abrazado a su madre e iluminado por el fuego** que abrasaba la villa aquella noche de hace 72 años: "Así lo recuerdo". El día había comenzado feliz para él. Después de comer, se dirigió al banco donde trabajaba de chico de los recados, pero al cabo de poco tiempo las alarmas comenzaron a sonar. "No le di importancia. Los aviones habían bombardeado días antes Durango y Eibar, pero pensábamos que los nacionales no se iban a atrever con Gernika. Era el símbolo de los vascos".

Tuvo suerte. Un hombre mayor que él y más desconfiado le ordenó abandonar el banco y seguirlo hasta un refugio cercano al ferrial de ganado. Aún incrédulo y de mala gana por haberse tenido que refugiar en su interior, **las bombas comenzaron a caer con estruendo**.

Luis lo cuenta, junto a Jesusa Aranburu, en una charla junto a otros supervivientes. Ambos coincidieron por casualidad del destino en el mismo refugio. Porque Jesusa ni siquiera tenía que haber estado en Gernika aquel día. Tenía 12 años y vivía en la cercana población de Kortezubi. Su madre le pidió que fuera a la villa foral en busca de un medicamento. "Las sirenas comenzaron a sonar y, junto a una amiga, fue corriendo al refugio", relata su hija, mientras Jesusa asiente con la cabeza.

Lo peor para ella vendría casi después. Ya con la noche encima, se vio sola sin poder regresar a casa. Un grupo de soldados había cerrado el camino de vuelta a Kortezubi. En un descuido, superó el control para darse cuenta horrorizada del porqué de la barrera: "Brazos y piernas mutiladas colgaban de los árboles del bosque".

"**¡Ay, a cuántos pudieron matar!**", intercede en la conversación Lucina Arriola, de 84 años. Su madre le había enviado también a hacer un recado. "Pero no llegué. Comenzaron a tocar las campanas y mi padre nos llevó al refugio de talleres. Era el mejor. Otros, hechos con troncos y sacos de arena, no aguantaron al derrumbarse las casas. Un tío murió así. Cuando caían las bombas, el aire abrasaba y no se podía ni respirar. Fue un día muy triste". Juan Egiluz huyó por el monte hasta Zeberio. Ya nunca volvería a vivir a Gernika.